

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(La escena es de noche. Doña Rosa sale de su casa, manifestando el estado de incertidumbre y agitacion que denota el diálogo.)

DOÑA ROSA. DON GREGORIO.

DOÑA ROSA.

No hay otro medio..... Si me detengo un instante, vuelvo, pierdo la ocasion de mi libertad, y mañana..... No..... Primero morir. Declarándoselo todo á mi hermana y á Don Manuel, pidiéndoles amparo, consejo..... Es imposible que me abandonen. Desde su casa avisaré á mi amante, y él dispondrá cuanto fuere menester, sin que mi decoro padezca..... *(Don Gregorio sale por una calle á tiempo que Doña Rosa se encamina á casa de su hermana: se detiene, y al conocerle duda lo que ha de hacer.)* Vamos, pero..... Gente viene..... Y es él..... ¡Desdichada! ¡Todo se ha perdido!

D. GREGORIO.

¿Quién está ahí, eh? ¡Calle! ¡Rosita! ¿Pues cómo? ¿Qué novedad es esta?

DOÑA ROSA.

¿Qué le diré?

D. GREGORIO.

¿Qué haces aqui, niña?

DOÑA ROSA.

Usted lo extrañará.

(Indica en la expresion de sus palabras que va previniendo la ficion con que trata de disculparse.)

D. GREGORIO.

¿Pues no he de extrañarlo? ¿Qué ha sucedido? Habla.

DOÑA ROSA.

Estoy tan confusa y.....

D. GREGORIO.

Vamos, no me tengas en esta inquietud. ¿Qué ha sido?

DOÑA ROSA.

¿Se enfadará usted si le digo.....

D. GREGORIO.

No me enfadaré. Dilo presto..... Vamos.

DOÑA ROSA.

Sí, precisamente se va usted á enojar; pero..... Pues tenemos una huéspeda.

D. GREGORIO.

¿Quién?

DOÑA ROSA.

Mi hermana.

D. GREGORIO.

¿Cómo?

DOÑA ROSA.

Sí señor, en mi cuarto la dejo encerrada con llave para que no nos dé una pesadumbre. Yo iba á llamar á Doña Ceferina, la viuda del pintor, á fin de suplicarla que me hiciera el gusto de venirse á dormir esta noche á casa; porque al cabo, estando ella conmigo..... Como es una muger de tanto juicio, y.....

D. GREGORIO.

¿Pero qué enredo es este, señor, que hasta ahora lléveme el diablo si yo he podido entender cosa ninguna?... ¿A qué ha venido tu hermana?

DOÑA ROSA.

Ha venido..... Mire usted, le voy á revelar un secreto que le va á dejar aturdido..... Pero no se ha de enfadar usted, ¿no?

D. GREGORIO.

¿Dale!..... ¿Lo quieres decir, ó tratas de que me desespere? ¿A qué ha venido tu hermana?

DOÑA ROSA.

Yo se lo diré á usted..... Mi hermana está enamorada de Don Enrique.

D. GREGORIO.

¿Ahora tenemos eso?

DOÑA ROSA.

Sí señor. Hace mas de un año que se quieren, y casi el mismo tiempo que se han dado palabra de matrimonio. Por esto fue la mudanza desde la calle de Silva á la plazuela de Afligidos, pretextando Leonor que queria vivir cerca de mi casa, no siendo otro el motivo que el de parecerla muy acomodado este barrio desierto, adonde tambien se mudó inmediatamente Don Enrique, para tener mas ocasion de verle y ha-

*

blarle, aprovechándose de la libertad que siempre la ha dado el bueno de Don Manuel.

D. GREGORIO.

Pero este Don Enrique ó don demonio, ¿á cuántas quiere? ¿Si yo estoy lelo!

DOÑA ROSA.

Yo le diré á usted. Continuaron estos amores hasta que Don Enrique, zeloso de un Don Antonio de Escobar, oficial de la secretaría de guerra, con quien la vió una tarde en el jardín Botánico, la envió un papel de despedida lleno de expresiones amargas, y desde entonces no ha querido volverla á ver. Parecióle conveniente además pagar con zelos que él la diese, los que le habia causado el tal Don Antonio; y desde entonces dió en seguirme adonde quiera que fuese, y hacerme cortesías, y rondar la casa, todo sin duda para que mi hermana lo supiera y rabiasse de envidia. Yo, que ignoraba esto, bien advertí las insinuaciones de Don Enrique, pero me propuse callar y despreciarle, hasta que informada esta tarde de todo por lo que me dijo Leonor (la cual vino á hablarme muy sentida, creyendo que yo fuese capaz de corresponder á ese

trasto) resolví decirle á usted lo que á mí me pasaba, omitiendo todo lo demas para que la estimacion de mi hermana no padeciese. ¿Qué hubiera usted hecho en este apuro? ¿No hubiera usted hecho lo mismo?

D. GREGORIO.

Con que. Adelante.

DOÑA ROSA.

Pues como yo la dijese á Leonor que inmediatamente haria saber al dichoso Don Enrique, por medio de usted, cuánto me desagradaba su mal término, se desconsoló, lloró, me suplicó que no lo hiciese, pero yo le aseguré que no desistiria de mi propósito. Pensó llevarme á casa de Doña Beatriz para estorbármelo, usted no quiso que fuera con ella, y no parece sino que algun angel le inspiró á usted aquella repugnancia. Lo que ha pasado esta tarde con el tal caballero bien lo sabe usted, pero falta decirle que asi que usted me dejó para ir á verse con el escribano, llegó mi hermana, la conté cuanto habia ocurrido, y. Vaya, no es posible ponderarle á usted la afliccion que manifestó. Llamó á su criada, la habló en secreto, y quedándose con-

migo sola, me dijo en un tono de desesperación que me hizo temblar, que la chica había ido á su casa á decir que esta noche no iría, porque Doña Beatriz se había puesto mala, y la había rogado que se quedase con ella. Y que también iba encargada de avisar á Don Enrique, en nombre mio, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcon de mi cuarto que da al jardín. Con este engaño se propone hablarle, y dar á sus zelos cuantas satisfacciones quiera pedirle.

D. GREGORIO.

¡Picarona! ¡enredadora! ¡desenvuelta!.... Y bien, ¿tú qué la has dicho?

DOÑA ROSA.

Amenazarla de que usted y Don Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello: afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

D. GREGORIO.

¿Y ella?

DOÑA ROSA.

Ella me respondió, que si no la sacan arrastrando de los cabellos no se irá. Que en hablan-

do con Don Enrique y desvaneciendo sus quejas, ni á usted, ni á Don Manuel, ni á todo el mundo teme.

D. GREGORIO.

Mi hermano merece esto y mucho mas.... Pero ¿cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardías? No señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que.... Vamos.

(*Quiere entrar en su casa, y Doña Rosa le detiene.*)

DOÑA ROSA.

No señor, por Dios, no entre usted. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola y la diré que es preciso que se vaya al instante, ó á su casa, ó á lo menos á la de Doña Beatriz, si teme que Don Manuel extrañe ahora su vuelta.

(*Hace que se va hácia su casa y vuelve.*)

D. GREGORIO.

Muy bien, aqui espero á que salga.

DOÑA ROSA.

Pero no se descubra usted, no la hable, no

se acerque, no la siga. . . . Si le viese á usted sería tanta su confusion y sobresalto, que pudiera darla un accidente. . . . Si ella quiere enmendar este desacierto aún hay remedio, y mucho mas si ese hombre se va como ha prometido. . . . En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero por Dios, retírese usted y no trate de molestarla.

D. GREGORIO.

¡Marta la piadosa! . . . ¡Cierto que merece ella toda esa caridad!

DOÑA ROSA.

Es mi hermana.

D. GREGORIO.

¡Y qué poco se parece á ti la dichosa hermana! . . . Vamos, entra y veremos si logras lo que te propones.

DOÑA ROSA.

Yo creo que sí.

D. GREGORIO.

Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco á patadas.

DOÑA ROSA.

No será menester. Voy allá. . . . (*Hace que se va y vuelve.*) Pero repito que no se descubra usted, ni la ostigue, ni. . . .

D. GREGORIO.

Bien, sí, la dejaré que se vaya adonde quiera.

DOÑA ROSA.

¡Ah! mire usted. (*Se encamina hácia su casa y vuelve.*) Asi que ella salga, éntrese usted y cierre bien su puerta. . . . Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante á acostar.

D. GREGORIO.

Pero ¿qué sientes?

DOÑA ROSA.

¿Qué sé yo? ¿Le parece á usted que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido? . . . Nada me duele, pero deseo descansar y dormir. . . . Con que. . . . Buenas noches.

D. GREGORIO.

A Dios, Rosita. . . . Pero mira que si no sale. . . .

DOÑA ROSA.

Yo le aseguro á usted que saldrá.

(Éntrase dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia hácia su casa, impaciente del éxito.)

D. GREGORIO.

Y á todo esto, ¿en qué se ocupará ahora mi erudito hermano? Estará poniendo escolios á algun tratado de educacion.... ¡La niña y su alma!.... Bien que ¿cómo habia de resultar otra cosa de la independenciam y la holgura en que siempre ha vivido?... ¡Mugeres! ¡Qué mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os zela y os guarda!.... Pero no señor.... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce coche de colleras, y á las cinco en Griñon.... ¿Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica se nos venga cada lunes y cada martes con estos embudos? No por cierto.... Allá mi hermano verá lo que.... ¡Oiga! Parece que baja ya la niña bien criada.

(Se acerca mas á un lado de la puerta de su casa, colocándose hácia el proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro Doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.)

DOÑA ROSA.

No te canses en quererme persuadir. Vete....

Antes que todo es mi estimacion.... Vete, Leonor, ya te lo he dicho.... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada?... Vete. Acabemos, sal presto de aqui.

D. GREGORIO.

En efecto la echa de casa.... *(Sale Doña Rosa de su cuarto con basquiña y mantilla semejantes á las que sacó Doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra Don Gregorio su puerta y guarda la llave.)* ¿Y adónde irá la doncellita menesterosa?... Ganas me dan de.... Pero no, cerremos primero.

ESCENA II.

D. ENRIQUE. COSME. *(Salen de su casa.)* DOÑA ROSA.

DON GREGORIO.

D. ENRIQUE.

¿Dijiste al ama que no me espere?

COSME.

Sí señor.

D. ENRIQUE.

Pues cierra y vamos, que aunque sepa atropellar por todo he de hablarla esta noche.

(Cierra Cosme la puerta con llave.)

COSME.

¡Noche toledana!

D. ENRIQUE.

Y á pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo seremos felices.

(Doña Rosa, despues de haberse alejado un poco hácia el fondo del teatro, vuelve encaminándose á casa de Don Manuel, Don Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.)

DOÑA ROSA.

Él se acerca á la puerta de Don Manuel. ¿Qué haré? . . . Ya no es posible. . . . *(Se retira llena de confusion hácia el fondo del teatro. Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.)* ¡Infeliz de mí!

D. ENRIQUE.

¿Quién es?

DOÑA ROSA.

Yo.

D. ENRIQUE.

¿Doña Rosita?

DOÑA ROSA.

Yo soy.

D. ENRIQUE.

A mi casa.

DOÑA ROSA.

¿Pero qué seguridad tendré en ella?

D. ENRIQUE.

La que debe usted esperar de un hombre de honor.

DOÑA ROSA.

Yo iba á la de mi hermana, pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y. . . .

D. ENRIQUE.

Está usted conmigo. . . . Pasará usted la noche en compañía de mi ama, muger anciana y virtuosa. . . . Mañana daré parte á un juez, y á él, á Don Manuel, á su tutor de usted, y á todo el mundo, les diré que es usted mi esposa, y que estoy pronto si es necesario á exponer la vida para defenderla. . . . Abre, Cosme. Venga usted.

(Cosme abre la puerta de la casa de Don Enrique.)

DOÑA ROSA.

Allí está.

D. ENRIQUE.

Bien, que esté donde quiera. Poco importa.

DOÑA ROSA.

Allí, allí.

D. ENRIQUE.

Sí, ya le distingo. . . . No hay que temer, quieto se está. . . . ¡Y qué bien hace en estarse quieto! . . . Adentro.

(Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detras.)

D. GREGORIO.

Pues señor, se marchó á casa del galan. No puede llegar á mas el abandono y la. . . . Pero ¡qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe! . . . Vamos á darle la infausta noticia. . . . *(Se encamina á casa de Don Manuel, despues se detiene.)* No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo. . . . Al fin es hija de un amigo mio. . . . Sí, mejor es. . . . Allí pienso que ha de vivir el comisario. . . .

(Va en casa del comisario y llama.)

ESCENA III.

UN COMISARIO. UN ESCRIBANO. UN CRIADO. *(Salen los tres por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.)* DON GREGORIO.

COMISARIO.

¿Quién anda ahí?

D. GREGORIO.

¡Ah! ¿No es usted el señor comisario del cuartel?

COMISARIO.

Servidor de usted.

D. GREGORIO.

Pues señor. . . . Oiga usted aparte. . . . *(Se aparta con el Comisario á poca distancia de los demas.)* Su presencia de usted es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va á suceder. . . . ¿Conoce usted á una señorita que se llama Doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?

COMISARIO.

Sí, de vista la conozco y al caballero que la tiene consigo. . . . Y me parece que ha de ser un Don Manuel de Velasco.